

El escritor y su medio



POR
MARTIN GOMEZ PALACIO

Tema apasionante es el de esta correspondencia que debe imperar entre el escritor, el novelista que refleja el medio en que vive, y el de esta misma sociedad que lo produce.

Pero ¿lo produce realmente? Esto nos lleva al campo de la sociología. ¿Es el genio el que hace avanzar a la sociedad, marcándole caminos, o es la sociedad la que, como la planta a la flor, da origen al genio? Quizás sean las dos cosas a la vez.

El genio es producto de su medio y de su época, puesto que éstos lo producen y son reflejados por él. Así Shakespeare no podría cambiarse por Dickens, porque ambos representan a la Inglaterra de distintas épocas, y así vemos que Calderón no respondería a los tiempos de don Jacinto Benavente como éste no se explicaría en los de aquél. Asimismo, un Balzac no puede despertar en nosotros más idea que la de Francia y un Dostoiévski no podría hablar a nuestro sensorio sino de la enorme e indefinida Rusia.

Es evidente que quienes representan hitos en la historia son los grandes hombres. Es indudable que, sin éstos, el mundo, formado por las infinitas oleadas de generaciones de hombres vegetativos, no habrían cambiado en el correr de los siglos. Un gran político, un militar extraordinario, un moralista hacen cambiar las ideas de su pueblo y, con ellas, la sensibilidad, los usos y costumbres.

Aunque también parece indudable que los pueblos no se dejan enteramente modificar por los grandes hombres, y que éstos, como los chorros que saltan muy alto sobre una super-

ficie líquida, se ven precisados a caer de nuevo por virtud de la gravedad. (Cosa buena, porque de lo contrario no existirían las fuentes, primor y ornato de los jardines.)

De esta manera podemos contemplar, si nos damos a la lectura de las efemérides humanas, que Francia, sacada de su marasmo por los hombres de la Revolución, se traga a los mismos y torna a lo que se conoce con el título de la Restauración, y sigue siendo lo que era antes. ¿Lo que era antes? No precisamente. . . Pero tampoco lo que Napoleón y compañeros quisieron que fuese, al menos, tan pronto y en la forma en que ellos lo querían.

Pero atengámonos sólo a los grandes hombres en su especie determinada de escritores, y de éstos, atengámonos a la sub-especie de novelistas.

Dejando a un lado la cuestión de quién, entre la sociedad y el novelista, fué producido por quién, problema que mucho se parece al del huevo y la gallina, constatamos que hay una relación, y una relación estrecha, entre el novelista y su medio.

Pero ahora viene una muy importante cuestión. ¿El novelista que es el más representativo de su pueblo para su pueblo mismo, es también el más representativo para los pueblos extraños? O en otras palabras, ¿el novelista inglés, por ejemplo, más gustado por los ingleses dentro de Inglaterra, es igualmente el más gustado por un lector mexicano en México?

Procuraré explicarme. ¿Yo, por ejemplo, que soy un modesto lector de novelas, coincidiré, en mis preferencias, con el lector inglés en general?

Ya que se habla de ingleses, tomarei al azar los nombres de tres novelistas no precisamente contemporáneos, sino del inmediato ayer.

Dickens, de quien ya se ha hablado, Walter Scott y, pongamos por ejemplo, Thackeray, que constituyen tres valores diferentes para dentro de Inglaterra, ¿tendrán también para mí la misma ordenación, en cuanto a importancia?

Pues bien, no, la tienen, porque en tanto que en su patria Dickens eclipsó el nombre de Walter Scott y nubló por completo al genio de Thackeray, a mí se me cae de las manos una novela de Dickens: gusto bastante más del creador de la novela histórica y gozo verdaderamente con el complicado arte, para mí exquisito, del autor de *El viudo Lovel*. Dickens marca, para el lector común del Im-

perio Británico, una conjunción definitiva, en tanto que a mí, muy difícilmente puedo decir que no me aburre.

Y si traemos el campo de observación hacia nosotros mismos, a este México a quien una pléyade no muy brillante trata de novelar, encontraremos, del mismo modo y tal vez por idéntica razón, algo muy semejante al ejemplo de Inglaterra.

Alguien que estuvo en la Feria del Libro en La Habana, decíame hace tiempo que, de la producción novelística mexicana, lo más gustado, lo más leído eran las novelas que tenían por asunto los episodios de Pancho Villa, o que se relacionaran de cualquier modo con "el famoso guerrillero". Entiendo que algo semejante ocurre en los Estados Unidos. Probablemente pasará otro tanto en Europa. ¿Ocurrirá lo propio para nosotros mismos, los lectores de México? De ninguna manera. ¡Lucidos estaríamos si "eso" constituyera para nosotros lo más interesante de nosotros mismos!

Nuestra producción es endeble, es frágil, pero habría que poner decididamente aparte, para arrojarla a la basura, a todos esos libros en que campea el brillo luciferino de ojos, y la sonrisa idiotizada a través de unos bigotes espantosos, del guerrillero mi paisano.

También en México, por lo que se lleva dicho, en donde existe fatalmente una correspondencia entre el escritor y su medio, se observa que esta correspondencia está muy lejos de ser la misma para nosotros mismos o para un lector externo.